

ESTE DIARIO

SE PUBLICA

POR SU TIPOGRAFIA A VAPOR

Calle del Cerrito 84

EL BIEN PÚBLICO

DIARIO DE LA MAÑANA

REDACCION Y ADMINISTRACION, CERRITO 84

DIRECTOR—JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

AVISOS Y SOLICITADAS HASTA LAS 6 DE LA TARDE

SUSCRICION

Por un mes \$ 1 50
Un número del día 0 10
Un número atrasado 0 20

Almanaque

Sábado 7 Santos Rumbaldo abad y Ricardo.



ANIVERSARIO

DEL FALLECIMIENTO DE NUESTRO SANTISIMO PADRE

PIO IX

El Cura de la Catedral invita a los fieles a asistir a una Misa cantada de requiem que se dirá hoy a las 8 de la mañana por ser el aniversario del fallecimiento de Nuestro Santísimo Padre PIO IX.

EL BIEN PÚBLICO

MONTEVIDEO, FEBRERO 7 DE 1880

PIO EL GRANDE

Los tiempos vendrán porque está escrito Pontífice inmortal, ilustre Pio. Con que la tierra beará tus huellas Y tu nombre gigante Brillará, avergonzado a las estrellas.

Conservamos profundamente gravada en nuestra alma la fecha de hoy. Cuando hace un año aproximadamente, leímos estas palabras: «EL SIETE DE FEBRERO EL PONTÍFICE PIO IX ENTREGÓ SU ALMA AL CREADOR» cuando oímos resonar en nuestro corazón el unísono lamento del orbe que lloraba sobre la recién abierta tumba del grande y querido sacerdote de Dios, una impresión inapagable se apoderó de nuestra alma. Es imposible! articular nuestro labio, en amargo raptó.

Es posible... y aun probable murmuró tranquila la razón. Muchas espigas se entrelazan entre las cunas venerables del viejo Pontífice; su rugosa frente se doblaba bajo el peso de una vida que se estinguía.

«¿Verdad! sollozó un triste presentimiento. Y era verdad. Hoy hace un año murió Pio IX, el que las generaciones llamarán Pio el Grande, y el que la historia registrará como el rasgo característico de su siglo. El siglo diez y nueve, el incréduo y vertiginoso siglo diez y nueve se llamará el siglo de Pio IX.

El fué objeto de los conciliabulos carbonarios de donde salió el puñal que atravesó el generoso corazón de su primer ministro Rossi en las gradas del palacio de los tribunales en Roma. El fué objeto tambien de los débiles manejos del desgraciado vencido de Sedan, vencido tantas veces por la astuta diplomacia secreta que lo llevó a su ruina, para después formar en el coro de los que insultan su memoria.

El, abandonado de sus amigos de ayer, sostuvo ineluctables, rodeado de un puñado de bravos, los derechos temporales del pontificado, fundados en títulos sagrados é inmemoriales, hasta que el brutal derecho de la fuerza, embozado en una bala de cañon fundida en arsenales extranjeros, penetró en Roma por la brecha de la Puerta Pia.

¡Lucharon cincuenta contra uno! No hubiera esa bala descrito tan facil trayecto si, como encontró a su paso el débil bicolor pontificio, hubiera hallado un giron siquiera del tricolor frances. El, opuso el inequevocalable «non possumus» a las pretensiones del gobierno triunfante. ¡Glorioso triunfo!

El hizo surgir entre la atmosfera de materialismo y corrupcion de nuestro siglo, la figura purísima de Maria, ceñida a su frente radiosa con el dogma de la Immaculata Concepcion, fuente inexhausta de pureza y de celeste poesia. Era el remedio para el corazón de un siglo enfermo, acaso mas enfermo que culpado.

Y como preservativo para la inteligencia que se estraviaba arrebatada por el torbellino revolucionario, condensó en un documento impecadero los errores del siglo para apalararlos bajo el peso de su inflexible anatema. El mundo católico fiel se aferró al Syllabus ardiendo en fé y en esperanza, imprimió el óulo de su gratitud en la mano rugosa de su salvador que lo bendecía con infinita ternura y le decía: «¡Ah! teneis el depósito sagrado. Las puertas del infierno no prevalecerán contra él.»

¡Oh! Pio IX es el Syllabus; y el Syllabus es el siglo diez y nueve salvado de entre la rabiosa tempestad de la inteligencia y del corazón.

su tez; espaciosa y venerable su frente y su cabello de un blanco plateado casi se confundía con su solideo de seda blanca tambien; pero aquel hombre era tan hermoso porque en su exterior se transparentaba su alma bellísima, como transparente una luz el vaso de alabastro que la contiene, como se adivina, al traves de los dormidos parpados de un niño, el vago fulgor de los sueños de la infancia que iluminan con luz del alma sus velados ojos.

Alma hermosa siempre dispuesta a bendecir y perdonar, envió su bendicion paternal a consolar en su lecho de muerte a Victor Manuel su desgraciado perseguidor.

Siempre generoso y afable con los prisioneros que visitaba en la cárcel, vió convertirse a muchos al solo influjo de su presencia y de su voz.

Enemigo de la efusion de sangre, permitió la defensa solo para formular una enérgica protesta contra la usurpacion, pero pronto desarmó a sus valientes defensores, sin oír la suplica de los que le pedían la gracia de morir a su lado envueltos en el glorioso pabellon bicolor, para repeler con el espíritu invulnerable de su martirio la invasion usurpadora, ya que la fuerza no se hermanaba con el derecho y la fortuna voluble prodigaba sus favores al sitiador poderoso.

Siendo así Pio IX, ¿cómo había de librarse de los insultos de los hombres que constituyen la plebe del corazón? En esas almas anidan las serpientes. Sigán ellos su camino hasta que sus dientes se claven en sus propias extremidades y comuniquen a su sangre el virus de su odio que los aniquilará. Nosotras en cambio consagraremos consolar un recuerdo de entrañable amor a esa sombra querida que vela desde la eternidad por la vida del pontificado.

El espíritu de Mastai Ferretti goza del premio de los mártires y de los justos; pero el espíritu del papa no desaparece de la tierra; hoy infundido en el alma de Leon XIII, quiza tranquilo y seguro el paso siempre firme del catolicismo.

Las puertas del infierno no prevalecerán.

Pontífice y Rey

Poesía leída por su autor en la Asamblea Católica, celebrada en Valparaíso en conmemoración del 50° aniversario de la exaltación de Pio IX al episcopado.

«¡Síis, á caballo! Donde no halléis mundo Tened solo las riendas! ¡Alzad, valientes hijos del desierto; A plantar vencedoras nuestras tiendas En las tristes orillas del Mar Muerto! ¡Adelante, adelante, El azote de Dios va con nosotros, No ha de borrar la yerba Donde fijen el caso nuestros pasos! ¡Síis, hacia Roma! Al son de nuestros pasos Un trono consagrado se derrumba, Un Pontífice tiembla, y entre ruinas, Ve abierta ya su tumba.

Quiero cantar en su venida frente El himno de mi gloria y mi venganza, Y en su sangre caliente Calmar su sed la punta de mi lanza».

Dijo Atila y partió como el cometa Que arrastra de sí en pos, hordas de fuego Con que describe su órbita secreta; Y el resto de sus huellas, Deja á la tierra presagando muerte, Y temblando de miedo á las estrellas. Rodaron como arena en el desierto, Las hordas, por los campos incendiados... Voló Atila adelante, Y cual centel fatal que se desploma, Su potro desbocado y jadeante Saltó los muros de la eterna Roma.

Lo esperaba el Pontífice sereno... Las hordas al galope atropellaron, Y del mundo á la faz, de espanto lleno, Pontífice y salvaje se encontraron. ¡Y el bárbaro tembló... Sus ojos fieros Ante los ojos tristes del anciano, En el ceño rugado se ceñitaron: Sus pupilas fosforescas chispearon, Como en el fondo de un abismo eterno Brilla feroz la risa del infierno...

Tembló... Su fuerte lanza Abriendo su mano, Sin herir se arrastró por vez primera; Y a su guerrero acento, Débil se alzó, turbado y sollozando.

Las hordas se perdieron entre el polvo, Como mies sacudida por el viento, Y el hijo del desierto y de la guerra Fué despedido y solo, En los hielos del polo, A esquivar el sarcasmo de la tierra.

Y pasaron los tiempos... De las nieblas De años envueltos entre oprobio y gloria, Alzaron la cabeza Genios que amantaban la victoria. Pronunciaron sus nombres: La tierra emudeció y besó sus manos. Con el peso fatal de los laureles Sintió oír mir sus lastimados hombros, Y en silencio miró que los tiranos De tronos humeantes con escombros, Amontonaron su dolos fúnebre.

Y, agría la frente, desdichado el gesto, Los reyes á sus pies encadenaron, En insultando á la tierra, En su cerviz altivos se sentaron. ¡Y la tierra calló! Ellos en tanto Miraron el abismo de los pueblos, Y el vahido del vértigo Cogió sus ojos con espesa sombra, Al ver desde su solio, Limitando su alviva omnipotencia, Sobre el mundo inmortal de la conciencia, Ann alzarse mortal el Capitolio. Una idea mortal cruzó sus frentes... A su empuje las puertas Crujieron en trebuchetas Del alcazar de Dios arripotente. Penetraron triunfantes, Mas, al tender sacrilega la mano, Las armas se cayeron Y las alas del génio se quebraron... ¡Génio, gloria y poder se derrumbaron!

¡Oh!... Eco lloroso, Aun en las mareas suena El canto fúnebre, lento, nervioso Del saqueo de una tumba en Santa Elena.

Sombra de Napoleón: alza la frente; No por triste y venciá Mi voz lo infiere cobard agraivio: Que mi lengua reverente El alto sacerdocio del poeta, Sin odios y serena la difundo; Que no tiembla mi labio Ni evocándole á ti hablando al mundo.

Habla, di si es verdad que el anatema, Estigma eterno que marcó tu frente, Holo en tus sienas la fatal diadema, Como el ósculo frío de un cadáver Alzado entre las nieblas del oriente. Si al extender tu mano hacia el santuario, No miraste en las nubes que lo envuelven, Iluminarse con roja tez, Seguirle en el dolor.

Hacer dolle tu alma gigante De Waterloo: la sombra amenazante; Y en las nieblas del Vístula sombro. Arrastrar los girones de tu gloria El genio del sarcasmo en el vacío.

III «Y habré quien llegue á golpear de nuevo Hiriendo con el pomo de la espada Esa puerta de Roma, custodiada Por severos vestigios Que levantan sus frentes Del polvo misterioso de los siglos? Me responde el cañón... Grietas de guerra En el aire se chocan confundidos; El cielo con la tierra Aparecen unidos Por nube enrojecida, cuyo seno Una tormenta abrasa Y el rayo resaca despedaza.

Entre el polvo y el humo Roma levanta la sagrada frente Y el Pontífice anciano abandonado, Ceñida con espigas la cabeza Al lado de los hijos que le quedan, Alza al cielo los brazos Y escucha la lluvia estremecida Por roncós alaridos Que gritan ¡libertad! ¡Italia unida!

¡Libertad, Libertad! ¡Santa palabra Que adora el alma mía! ¡Siempre has de ser la máscara cobarde Donde escinde la faz la alviesia! ¡Hasta que odiosa tu memoria, Gemirá profanado, Siempre en sangre empapado, Siempre nuncio de ira, Siempre hermanado en el oscuro labio Con el crimen, la audacia y la mentira? ¡No puede ser! El dogma de los libros No apadrina la audaz hipocresía, Y jamás el puñal del asesino En sus páginas santas, Con la sangre de pueblos no de reyes, Escribió ni una sola de sus leyes.

¡Ah! ¡no mintais, no blasfeméis, cobardes! La libertad se mancha en vuestros labios, Que asaltar á un anciano abandonado, Crimen es de vosotros solamente, No de la libertad, que en las batallas, Noble en sus iras, levanta la frente.

¡Ah! ¡no mintais! Ayer sobre ese muro, Que asaltáis con intrépida arrogancia, Ministéis en silencio Libre flor el tricolor de Francia. Y ante el mundo hoy alzais vuestro trofeo Al oír á los leños De Sedan el sangriento clamoroso.

Valientes de la causa de los buenos: ¡Roma, Roma por todo! Del mundo defendéis la santa herencia, Y el mundo ya os levanta Un magnífico altar en su conciencia, ¡Sois los míos! No importará si me muero... A morir como buenos... ¡Dios lo quiere! ¡Si no tenéis victorias, Ceñirán vuestros frentes de soldados Polvora y humo y redención y gloria!

IV El polvo del combate se disipa; Apaga el bronco su clamor de muerte, Y entre la grima inmensa de la turba, Mudo contempla el cielo Rodar el trono sobre su suelo; Y el mundo no vacila Al mirar sobre el muro profanado Florar adonde el pabellon de Atila!

¡Y tu callas, Señor! Presta á mi acento, Para volver al mundo su esperanza, Un eco del aliento Con que en Siná vibraron La voz de tu poder y tu venganza!

De pie sobre la ruina de los siglos, Con la fé del Señor en la conciencia, Hablo al mundo tranquilo, Que al enlame la luz de mi creencia, Jamás tiembla mi voz, jamás vacilo.

Hombres de hoy, ¡mirad á nuestro mundo! El Pontífice santo Dobra oprimida la cabeza cana, Y en el silencio, Ahoga su voz, al implorar al cielo, Y al bendecir al mundo, alza su mano; Mírad de los puñales y la injuria Los sacerdotes del Señor huyendo; Y al son de libertad de los malvados El templo y los altares profanados.

¡Ay de Jerusalén! clamó el profeta; ¡Ay de Jerusalén! cumplió el fallo; ¡Ay! ¡y hoy tranquilo el poeta, Del negro porvenir abre la puerta, Sacude al mundo con nerviosa mano Y le grita su voz: ¡mundo, despierta!

V Al traves de las sombras nebulosas, Unido al porvenir palpitó vago, Ejercito con estrellas misteriosas Lo que ante el mundo arrebatado leo: Sobre ese templo que el orgullo impio Insultando á la tierra, ha levantado, Crece espesa yedra Que hará brotar la maldición del mundo; Del muro que a su crimen ha amparado No ha de quedar ni piedra sobre piedra.

¡Ah! Los tiempos vendrán, porque está escrito, Pontífice inmortal, ilustre Pio. En que la tierra beará tus huellas, Y un nombre gigante Brillará, avergonzado a las estrellas.

¡Yo amo tanto tu nombre! ¡Tu noble ancianidad venzo tanto! No me es dable por ti, verter mi sangre; Mas vierto al menos mi oprimido llanto. ¡Ah! si pudiera sangre tu corona, Por ceñirla á tu sien encanecida Vertiera el pecho mio Toda la que sedienta de martirio Aliento en los raudales de mi vida. ¡Qué fé si en el campo de la gloria Fuera el ¡ay! de mi muerte La gran diada triunfal de tu victoria!

Juan Zorrilla de San Martín.

1876

Pio IX

(La Regeneración, 21 de Julio de 1872)

Estamos por creer y decir, que así como en tiempos epidémicos hay algo en el aire que aspiramos y mata, debe haber en los tiempos ex-

traordinarios en que vivimos algo en el aire que aspiramos y entontece. Porque si así no fuera, muchos de nosotros, así todos nos buscaríamos a nosotros, y tratáramos gravemente de cosas muy graves, y no pensaríamos en otro, que en conjurar si era posible, el peligro que tenemos tan encima, y evitar los estragos de la tempestad que amenaza desolar nuestras casas.

Y cierto que no pensamos en esto, si es que pensamos en alguna cosa, y vivimos como unos bandidos ó como unos idiotas.

Grandes cosas en breve tiempo hemos visto en España y fuera de España, y anda nos han quedado en la memoria, y en la memoria de casi todos los indolentes, y si causó en algunos asombro y dejó alguna enseñanza, dispósese el asombro en el sueño de la noche primera, y la enseñanza en la primera función de teatro.

Vimos á Napoleon cayendo en Sedan con sus batallones de Roma; á Guillermo de Prusia hospedado en Vergennes, palacio que Luis XIV no edificó para los marqueses de Brandemburgo; á Paris, la esplendorosa, sábaria, bajando á los albañiles en busca de algo que se pudiera comer; á la Comuna derrocando sobre estróculo la columna de Vendôme, é incendiando las Tullerías... Esto vimos; y seguimos viendo como unos idiotas, ó como unos bandidos.

Hemos visto en España nuestra unidad católica, obra de siglos, rota por un decreto de policía; los santos misterios de nuestra fé escarmentados; iglesias derribadas; sacerdotes sin pan, Prim en la calle del Turco y después en Atocha; Amadeo en la calle del Arenal; y en la bandera de Jerez escritas palabras, que ojos humanos no habían leído en ninguna bandera.

Esto hemos visto, y seguimos viendo como unos bandidos ó como unos idiotas.

¿Qué es, pues, lo que nos pasa? ¿Qué respiramos en el aire, que así nos entontece? ¿Estamos despiertos ó estamos soñando? Hoy mismo, en los momentos en que se escriben estas líneas, en la ciudad reina del mundo, están pasando cosas que tan grandes no se vieron jamás, ni en maldad ni en santidad. Poned, si estais despiertos, los ojos en Roma; allí, en el Quirinal, está Victor Manuel; allí, en el Vaticano, Pio IX. ¿Qué obra tan colosal de proeza y de asombro, que se levanta en la levitación de este mundo pagano, y en la culpable conveniencia ó por la piedad indigna de Reyes y Gobiernos provaricadores é insensatos, con desprecio de toda ley divina y humana, y de todo pudor, y de toda vergüenza? ¿Qué noble, qué grande, qué admirable ese Anciano que veis en pie junto al sepulcro de San Pedro, el solo resistiendo á tantas fuerzas malvadas, la Cruz en la mano y los ojos en el cielo?

Quien haya estado en Roma, puede sentir, cuanto se debe, la enorme indignidad; quien haya estado en Roma, puede llorar cuanto se merece, la horrible profanación.

Roma es la ciudad del universo: en sus ruinas está escrita la historia del mundo pagano; en sus monumentos está escrita la historia del mundo cristiano.

La antigua Roma con sus cónsules y con sus Cónsules creció para ser reina y señora de las gentes, y venció á el universo, para ser vencida después por unos pescadores de Galilea.

Sobre el panteón de Agripa está la Cruz; y está sobre la columna de Trajano, y en medio del coliseo. Bajando del Capitolio podéis penetrar en la cárcel de donde salieron Pedro y Pablo, aquel para ser crucificado, y este degollado.

Saliendo de las termas de Caracalla, gigantescas ruinas de increíbles grandezas, podéis visitar la santa columna donde fué atado y azotado Nuestro Señor Jesucristo.

Hay en frente del barrio de los judíos una santa imagen de Jesucristo crucificado con esta sublime inscripción: «Estiendo mis manos al pueblo que no cree en mí; y allí podéis ver, en frente de esa imagen, á restos miserables de ese pueblo, que llevan en sus manos el gran libro en que no sabe leer lo que todos leemos; y no lejos de allí podéis ver el arco de triunfo que Tito levanta después de la toma de Jerusalén, y que permanece en pie, como formidable testigo de la verdad de las profecías, y de la justicia de Dios.

Los grandes reyes, los grandes hombres de la tierra han caído en todos los siglos á Roma y se han postrado ante el sepulcro de Pedro; todos los grandes pueblos tienen en Roma un templo y un hospicio. Nuestros padres en la larga sucesión de las edades desprecios de las desolaciones de la ciudad Eterna, la levantaron la hermosearon, la enriquecieron, como que era y había de ser la patria común de nosotros los católicos donde está nuestro rey espiritual; la heredad preciosa de cuantos creemos en Jesucristo, donde está el supremo Pastor que nos dirige por los caminos del cielo.

Y un bárbaro se ha apoderado de esa nuestra heredad, de esa nuestra patria, de esa santa ciudad, de la que fué echado para siempre Nerón, para que reinase para siempre Jesucristo. ¡Ha resucitado Nerón! ¡Yo voy por las calles de la ciudad santificada con la sangre de mártires, una muchedumbre de blasfemadores que hubieran podido ser lacayos de Calígula, pero á quienes Cristo hubiera proscrito, manchándolo todo, profanándolo todo, hasta el mismo Coliseo en que los hijos de Dios conquistaron la libertad para todos los hombres.

Yo veo á esos desdichados, rodeando y cercando el Vaticano, donde está aquella extraordinaria virtud, aquella indecible bondad, aquel santo, aquel mártir, sobre el cual (podemos tambien verlo con los ojos de la fé) despliegan los ángeles de Dios para guardarle sus alas divinas.

¡Oh Padre! ¡Oh santo! ¡Oh mártir!... ¡Mártir sobre todo! ¡Vergüenza para los reyes de Europa! Sólo una república ha protestado contra la iniquidad triunfante. ¡Qué pensar! Dios de esos reyes y sobre esos reyes!

¡Oh Padre! ¡Oh santo! ¡Oh mártir! Imaginad, si podéis, todas las penas de su corazón y todas las angustias de su espíritu. ¿Qué es, si con él se compara, el hombre que da su sangre en testimonio de su fé, y con el dolor de un instante compra una palma celeste y entra con ella en la eternidad? Mas Pio Nono lleva sobre sí todos los dolores de la Iglesia, y padece por todos los católicos.

Ve los torbellinos de impiedad que ha estos empujados y arrebatado á aquellos, y se alarma de que se enfrían un grito de dolor por cada alma que teme pérdida. Ve que han apostado las naciones, que en ninguna reina Jesucristo; y que los reyes y sus gobiernos, perdiéndose ayudan á la común perdición; y mira temblando de que la justicia de Dios no abra las cataratas del cielo para que vengas sobre la tierra un nuevo diluvio, para que renueve el fondo de la humana sociedad, para que suban de él á castigarla con fuego y con hierro unos bárbaros nuevos, cien veces mas feroces que los que segúan las sangrientas banderas del terrible Genesio.

Pio IX lleva inconcebible, porque es padre y no quiere justicia, sino misericordia.

¡Oh padre! ¡Oh santo! ¡Oh mártir! Llegan hasta la puerta del Vaticano y le cercan los ilustres impíos de esa Italia desgraciada; están con ellos en espíritus los impíos ilustres de todas las naciones de Europa; calculan friamente sobre la muerte del Justo: tratan sobre como se han de repartir su ténica; sobre qué artes diabólicas usarán, cuando muera el Pastor, para dispersar y perder á las ovejas... Todo eso lo sabe Pio IX; considerará si habrá angustia en su alma, y si habrá en su corazón un momento de dolor.

El lo sabe todo, lo ve todo, y lo oye todo: la blasfemia procaz que llega hasta los muros del Vaticano; la profanación de los lugares santos; el pensamiento siniestro, el cálculo malvado. Ahora mismo, esos paganos maquinan acabar con las órdenes religiosas, ornamentos preciosos de la Iglesia, milicias escogidas de Cristo, y Pio IX tiende sus manos suplicantes, pero las potestades del mundo vuelven el rostro; y no le conocen.

Todo va á caer y está cayendo en torno suyo; va á encontrarse solo, y frente á frente con los impíos; pero no está solo, que Dios está con él. Por eso, porque Dios está con él, veis al anciano, que ha conocido tres generaciones de hombres, permanecer en pie, alentado y firme su gran corazón, con luz del cielo resplandeciente en su hermoso semblante.

Se enciende es un campeón valerosísimo que no se cansa jamás; día y noche, sin tregua, ni reposo, está defendiendo la causa de Dios. El es el Vicario, y es rey. No hay otro rey en Roma. Victor Manuel que tiene la fuerza no es mas que sombra, que vaga por las calles de la gran ciudad, avergonzada: quien busca la majestad no va al Quirinal; va al Vaticano; que allí se encuentra la Majestad donde está el rey. Los grandes de la tierra le abandonaron, pero los pequeños nos acordamos de él, nuestro rey y nuestro padre, y le veneramos y amamos más, hoy que está como Daniel en la cueva de los leones, y sabemos que Dios, para salvar á su Vicario tiene hoy el brazo tan fuerte y tan entero, como lo tenía cuando salvó á su Profeta.

En medio de su soledad y desamparo, de sus angustias y sus lágrimas, Dios envió á Pio IX consuelos inefables. Piadosos embajadores de todos los pueblos católicos del mundo llegan hasta él, y le ofrecen lo que ofrecieron los Reyes Magos al niño Jesús: oro, incienso y mirra. En cambio recogen de los labios del Pontífice palabras de verdad: palabras de verdad que van á caer sobre el mundo como una lluvia benéfica.

Muchas veces la verdad, como que es hija del cielo, ha padecido terrible persecución en el mundo, pero al fin ha triunfado.

Míremos á Roma, nuestra heredad y nuestra patria; miremos al Vaticano, y en el Vaticano á nuestro Padre y nuestro Rey; miremos la diestra de Dios que está resplandeciendo en todos los grandes sucesos que pasan en el mundo, y levantemos los corazones y tengamos fé.

Viene quizá sobre nosotros una oscurísima noche que envolverá esta culpable Europa como un vasto sudario; quizá dentro de pocos años tallen los estampidos de una tempestad nunca vista por los hombres. Levantemos los corazones y tengamos fé; que cuando menos lo esperamos, sonarán los vientos de Dios, y huirán las negras nubes, y reapareciendo el sol, alegrarán la tierra. Después de enormes iniquidades, escenas horribles; después de grandes justicias, grandes misericordias. Dios está en el mundo, y Jesucristo va á reinar en el mundo. Quizá no pase este siglo sin que esa noble Inglaterra vuelva á ser llamada la Isla de los Santos; quizá no pase este siglo sin que bajo las bóvedas de Santa Sofía resuene un Te Deum que canten los hombres en la tierra, y repitan los ángeles en el cielo. Esperemos en Dios que el siglo que viene ha de ver á este mundo alumbrado por la misma fé, como lo está por el mismo sol.

Antonio Aparisi y Guijarro.

Revista de la Prensa

La extremada cortesía con que ha creído el El Siglo haber sido tratado por el Director de La Nación, le hacen dirigirse una misiva editorial.

Desde luego comienza por aprobar que el dicho Director declare no estar de acuerdo en el fondo con la doctrina del artículo que salió en su diario con el título *Cómo pensamos en política*. Quisiera que surja de este incidente algo tan provechoso para la prensa, como que el Sr. don Clodomiro Artigas le imprima unidad á la dirección de su diario. Esta no puede existir sino con la impersonalidad de la Redacción ó obedeciendo los redactores á una sola autoridad. De otra suerte, el diario es un abigarrado mosaico de opiniones, opiniones que el público, mucho mas si son anónimas los artículos, califica y calificará como exclusivas de La Nación.

Compadece la bathola en que está metido el Sr. Artigas, supuesto que este mismo señor declara que es difícil saberse las causas de la iniquidad en un diario en donde se han de manejar la pluma, y le aconseja para salir de apuros que asuma una verdadera dirección, por que lo demas no es ser Director, es ser demasiado bondadoso y hacer que el diario no sea reputado como político sino como registro de artículos incoherentes.

En cuanto á que si los que no son hijos del país deben tratar ó no apasionadamente las cuestiones internas, dice que, en su sentir, deben ser mirados; pero que en cambio, y no habiendo ninguna disposición legal que prohiba prohibirlos, se debe ser tambien considerados con los huéspedes.

Contesta La Nación el remitido que Un extranjero publica en La Razon, por cierto combatiendo las doctrinas poco cosmopolitas á veces por lo exageradas, y acaso ciertas cuando se refieren á aquellos extranjeros que no traen sino el contingente de un espíritu politiquero que motiva el desasosiego público y el combustible que inflama la hoguera.

Dice que si los deberes que los nacionales tienen sobre sí por la Constitución, son los mismos que recaen sobre los extranjeros, los derechos de estos deben ser menores en proporción.

Ningun diario extranjero en Francia, dice al articulista que supone ser francés, hace al gobierno la oposición descadada que entre nosotros los que diamante se publican.

Califica de práctica viciosa la de los periodistas extranjeros, que reclaman de sus ministros y encargados de negocios, su enérgica y activa intervención en la defensa de sus connacionales dañados por cualquier motivo en sus personas ó intereses, siendo así que tienen leyes

que los amparan y Tribunales que son los encargados únicos en entender en estos reclamos, sin que los diplomáticos tengan ingerencia ninguna en estas causas en tanto que la justicia no haya sido denegada.

Lo demas dice que está en abierta oposición con los principios del derecho público y que es atentatorio á la dignidad de la Nación.

—Encarece las ventajas que ofrece el sistema de marcas para ganado vacuno y caballar, cuyo autor es D. Pablo Nín y Gonzalez.

La Colonia Española que se duele por el mal estado económico que soporta el país, que está compuesto naturalmente de extranjeros en gran parte; enumera las plagas de pobreza que le azotan en sus principales industrias y habla de la flojera, del decaimiento de la propiedad urbana, del de la propiedad territorial, de que los capitales están escondidos, la ganadería combatida por enfermedades y tempestades.

Como en esta situación es imposible la creación de Bancos, para poner coto á la usura que anda por las nubes, juzga indispensable la formación de un *Monte de Piedad* que preste á un 6 p. de interés y cuente con un capital de pesos 200,000.

Le indica al Gobierno que este capital podría tomarlo de la testamentaria de D. Octavio Lapido.

—El Sr. Iturrza rebate el artículo de El Siglo defendiendo las escuelas mixtas.

Le prueba que ha falseado las palabras de este señor combinándolas á su antojo y le dice que se ha convertido en tutor de las escuelas varelianas y defensor de menores. Y por mas que para El Siglo parezca recalcitrante, el oscurantismo de que le tacha será para el Señor Iturrza su mas glorioso blason, mientras no le pruebe.

¿Que todas las materias de enseñanza que comprende el Programa de su escuela, son necesarias, lo cual es imposible, por que el niño ni se eleva á grande altura, ni profundiza demasiado.

¿Que las escuelas de varones pueden y deben ser dirigidas por mujeres; lo cual es un contrasentido, pues destruye en un solo instante la obra de generaciones enteras, que han sostenido que la enseñanza al hombre sólo debe ser dada por el hombre.

¿Que los sistemas penitenciarios empleados en esas escuelas, no contratan la autoridad del maestro y la dejan reducida á cero, y que las escuelas mixtas, tal cual hoy están planteadas no destruyen la dulzura y la gracia de la niña y la fuerza y el valor del niño; con lo cual destruye las vocaciones y los destinos de cada sexo.»

L' Era Italiana mira con complacencia el decreto de convocatoria al congreso expedido por el Gobierno.

La España dice que la union de los elementos republicanos de la península es un hecho consumado y que al frente de ese movimiento figuran hombres como Ruiz Zorrilla, Salmeron, Martos etc, quedando este último encargado de redactar un manifiesto á la nación ensalzando la causa y proclamando la constitución de 1869.

—Habla de que la inmigración europea en la America del Norte durante el año 78 ha subido á una cifra exorbitante, en tanto que á las fértiles comarcas del America meridional llega en número reducido por dem

